

## MI INFANCIA SON RECUERDOS

*Por Natividad Jaime Santamaría*

Nunca pensé que un día escribiría los recuerdos de mi infancia pero en cierta ocasión alguien me preguntó ¿Qué recuerdos tienes de tus primeros años?, fue entonces cuando vinieron a mi mente en tropel cantidad de recuerdos que intentaré plasmar en este relato.

Cogiendo prestada la frase del gran Machado... “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla”, yo cambio por “una calle”, si, de una calle de un pueblo, una calle como las hay a miles por nuestra Geografía, pero una calle muy particular porque era la mía, en ella estaba la casa en la que vi la primera luz y en la que se extinguió la de mi padre. Una calle en la que viví hasta que salí camino del internado, en la que pasé una infancia feliz, llena de juegos travesuras y anécdotas. Eran años en los que todavía jugábamos en la calle, niños y niñas juntos, nuestros juegos eran variados, la comba, las tabas, las chapas, la “zancarrilla” en otros sitios llamada “rayuela”, el escondite, el pilla-pilla, los cromos que había que voltear ahuecando la mano dando un golpe y que requería gran habilidad, los boletes, aquellas bolas de barro de distintos colores a los que pegábamos con la “tinadera” una bola algo más grande; todavía no conocíamos las “canicas” de cristal... No había actividades extraescolares quitando la “catequesis” y por eso después de la escuela solo jugábamos, hacíamos una parada para mendrillar y aunque eran tiempos de escasez y no sobraba nada en ninguna casa lo hacíamos donde pillaba, cualquiera nos daba un trozo de pan con chocolate o una rebanada de pan con aceite y azúcar, incluso a veces el aceite se sustituía por vino. Todo estaba buenísimo, no necesitábamos nada más.

La calle de mis recuerdos era estrecha, casi no cabía el carro del horrelano que allí vivía y a duras penas un coche de ahora pero tenía vida, establecimientos de todo tipo a ambos lados, desde una entidad bancaria en la que veíamos a los empleados muy trajeados a una tienda de ultramarinos en la que vendían de todo, pequeña pero bien surtida, aun veo al dueño con su guardapolvo azul grisáceo. Recuerdo cuando llegó el caldo “Texton” y a todo el que pasaba le ofrecían un tazón de aquel caldo recién hecho que según decía la propaganda iba a ahorrar muchas horas de cocina a las sufridas amas de casa. Era una degustación en toda regla.

No quisiera olvidarme de ningún establecimiento porque todos tenían su encanto. Había una fontanería, una pequeña librería con un dueño al que hacíamos rabiar a menudo y él respondía con cara de amargado. Una curtiduría de pieles que despedía un desagradable olor que contrastaba con el que emanaba de una pequeña fábrica de chocolate situada a pocos metros y en la que solíamos hacer cola para ver si nos daban un cachito de aquel dulce tan delicioso... Una carpintería, una carbonería, un almacén de lanas y otro de compraventa de pelo natural, una tapicería, una imprenta en la que volvíamos locos a los empleados con el afán de que nos dieran recortes de papel con los que nos fabricábamos libretitas; hoja a hoja íbamos pegándolas con nuestro pegamento particular hecho a base de agua y harina, quedaban hechas un primor, eran tiempos de carestía y aguzábamos el ingenio.

Había también un almacén de zapatos, era grande y en alguna ocasión llegamos a jugar al escondite entre las estanterías, (la zapatería estaba situada en otra zona). Justo al lado estaba la alpargatería totalmente artesanal, allí pasábamos horas embobados viendo como sobre una mesa inclinada de madera manejaban el esparto hasta dar forma a las suelas y después todo el proceso hasta poner las vetas y ver finalizada la alpargata. Se daba la circunstancia de que el alpargatero, era natural del pueblo de mi madre en el que no había más industria que la alpargata y allí ella en su juventud también las había hecho; nos unía una gran amistad y quizás por eso el hombre tenía tanto aguante con nosotros.

He dejado para el final del recorrido los dos bares, si, había dos bares, uno justo debajo de mi casa y el otro unos metros más alejado, allí hacíamos acopio de chapas para nuestros juegos; tenían su razón de ser ya que justo enfrente, ocupando gran parte de la calle estaba la fachada del teatro que también era cine y los días en que había espectáculo tenían la clientela asegurada, las películas se proyectaban los días festivos.

Aquí quería llegar, la joya de la calle. Teatro Principal era su nombre, así figuraba en grandes letras en su fachada. Lo recuerdo con precisión, tres grandes puertas, una para tramoyas y utensilios, otra para la entrada a platea, palcos y anfiteatro y otra para el "gallinero". Cada categoría tenía un portero. Llegué a conocer el edificio y patearlo de arriba a abajo. Los palcos y plateas estaban tapizados de terciopelo azul, los asientos muy cómodos, mullidos, nada que ver con los del anfiteatro, asientos corridos, de madera en varias filas y ¡que decir! de los del gallinero que eran gradas de cemento. Era aquí, arriba del todo dónde podíamos acceder con menos dificultad, el portero, era un buen hombre al que la chiquillería de la calle ma-

reábamos para que nos dejara entrar, puedo decir que lo acosábamos y él se dejaba querer, se hacía el duro pero al final cedía, creo que por aburrimiento... Nunca se nos ocurría pedirselo a los otros porteros. En contadas ocasiones según su estado de ánimo se negaba en redondo, no había manera de convencerlo y es entonces cuando recurriamos a los soldados que eran los clientes más accesibles, en aquel entonces, en el pueblo, había un gran destacamento militar en el que hacían la mili aquellos jóvenes provenientes de muchos lugares de España y los domingos cuando salían del cuartel, muchos se acercaban al cine. Nosotros al verlos con su entrada en la mano nos arrimábamos a ellos y poniendo cara de buenos les decíamos ¿me entras? Y normalmente pocos se negaban. Si la película no era tolerada, no entrábamos de ninguna forma. Una vez dentro, si la cinta nos gustaba, nos manteníamos sentados y atentos pero si no era así empezábamos el periplo de llegar al escenario por todos los recovecos que alguien había descubierto antes... Nos conocíamos todos los rincones, nada del edificio tenía secretos para nosotros. Aun hoy me pregunto ¿Quién sería el primero en tomar la iniciativa?

Conseguíamos llegar hasta los camerinos de los artistas, en un pasillo cuyas ventanas daban a la calle estaban todos, quedaban justo enfrente de mi casa y mi madre se asomaba a su ventana en los días que había función de teatro o “varietés” para ver el ambiente de la calle, la gente iba con sus mejores galas. A veces las artistas, conversaban con ella de ventana a ventana. Yo recuerdo verlas pasar con sus coloridos trajes de plumas y lentejuelas.

En los días que había función de un tipo u otro, en el portal de mi casa se sentaba una señora mayor (la veíamos como una abuela) con un gran canasto lleno de chucherías de las de entonces, nada que ver con las exquisiteces de hoy en día. Tenía pirulís, bolitas de anís, caramelos, regaliz, cacahuetes con cáscara, pipas de girasol y de calabaza, almendras garrapiñadas, boletes, yoyos y pistones. No faltaban los litones, luego supe que eran el fruto del almez; eran unas bolitas que pasan del verde al marrón y al final al negro que es cuando son comestibles, pequeñas como guisantes que dentro tienen hueso; el sabor es bueno, la gracia estaba en tirar el hueso a través de un canuto hecho con una caña, apuntando a las piernas y brazos del contrario, normalmente las dianas solíamos ser las niñas, nos traían mártires pero la verdad es que nos defendíamos lo mejor que podíamos. Más de un jersey, vestido y pantalón llegó a estropearse con tanto litonazo.

En los días de lluvia o frío, la abuelita se refugiaba dentro del portal, era grande, siempre estaba abierto y podía vender lo mismo que en la calle.

En mi recuerdo están también algunas de las travesuras que hoy moverían a risa. Empujar la puerta de los establecimientos y salir corriendo, llamar en los portales con el picaporte (no habían llegado los timbres) y esperar a que salieran a reñirnos y, a veces, incluso esperar que nos echaran un jarro de agua.

Pienso que lo del agua debía ser algo que nos gustaba mucho porque recuerdo en los días de verano con un calor sofocante en los que no caía una gota de lluvia, los operarios del ayuntamiento iban regando las calles con una gran manguera para refrescar un poco el ambiente y los críos nos acercábamos a ellos cantando “la manga riega, que aquí no llega, si llegaría, me mojaría”, luego echábamos a correr y ellos nos seguían con un gran chorro hasta que nos mojaban. Era todo un divertimento.

Cuando llegaban las fiestas del barrio, nuestra calle participaba con ilusión y se engalanaba con banderitas que hacíamos con papel de seda de todos los colores, entonces se organizaban juegos; carreras de sacos, cucañas, concursos de parchís, de chapas, de boletes... etc. y sabrosas chocolatadas con dulces que preparaban entre todas las madres. Eran días distintos y los disfrutábamos.

Han pasado los años y mi calle sigue siendo mi calle pero... de aquellos establecimientos no queda ninguno, uno a uno fueron cerrando o se trasladaron a otros sitios. El bello teatro que ahora se me antoja como una cajita de música desapareció en aras de la modernidad construyendo en su lugar un bonito y funcional cine que para nosotros dejó de tener interés ya que ni siquiera tenía la entrada por la calle y que en unos años dejó de funcionar y hoy está abandonado. Los dos bares se cerraron y ahora ha vuelto a abrir uno reconvertido en un moderno y coqueto restaurante. Tampoco quedan las familias que la habitábamos, los mayores, poco a poco se fueron marchando, los niños crecimos y también la abandonamos. Ahora queda solo su nombre en una esquina y el recuerdo que dejó en mí.